

REFLEXIONES SOBRE LA CRISIS INTERNACIONAL CUBANA

El primer pensamiento que acude al reflexionar sobre la crisis producida en las relaciones internacionales de estos últimos tiempos como consecuencia de la política seguida por Fidel Castro en la Isla de Cuba es de asombro, al contemplar cómo ha sido posible el haber llegado a una situación fácilmente previsible, y en la que Estados Unidos han estado tan desacertados, dando lugar a la crisis actual, en la que la seguridad de la propia Norteamérica ha estado en juego.

Se culpa en primer lugar al Presidente Kennedy como responsable de haber dejado evolucionar las cosas al extremo que han llegado, olvidando que el actual Presidente heredó una situación que se formó, fraguó y evolucionó durante el anterior mandato de la Administración americana, encontrándose a su llegada a la Casa Blanca en el estado en que poco más o menos hoy se halla y que trató de resolver, aunque con poca fortuna y resolución, mediante el desembarco en la playa de Cochinos, a los pocos días de su llegada al poder.

Pero comencemos por el principio. Castro es un producto del periodismo norteamericano sensacionalista, ayudado por la prensa europea del mismo signo. Castro fué descubierto en Sierra Maestra por el periodismo norteamericano y presentado a la opinión pública como un héroe romántico del liberalismo y la democracia, en contra de la dictadura del General Batista. En Francia, *Paris Match* le llevó a sus páginas a todo color con una serie de ilustraciones, que lo presentaba como un nuevo Marty o Máximo Gómez de la manigua cubana, rodeado de amigos incondicionales, todos barbudos, y bellas mujeres que buscaban la libertad y la dignidad humana entre los manglares tropicales de Sierra Maestra, en el siempre rebelde Oriente cubano. A Raúl Castro y al «Che» Guevara, conocidos activistas comunistas de varios países sudamericanos, los presentaron como los ángeles custodios de

Fidel. Una aureola de romanticismo cubrió sus nombres, el pueblo cubano pensó que se encontraban ante una especie de resurrección de sus héroes nacionales, Maceo, Quintín Banderas y otros personajes esclarecidos de su historia. La nación lo esperaba todo de ellos, el Ejército encargado de la represión no luchaba y dejaba hacer. Hasta que Batista, al contemplarse sin asistencia y abandonado de la propia Norteamérica, que le negó el armamento necesario, se marchó, dejando una fácil victoria a los pocos hombres de Sierra Maestra. El pueblo, especialmente el de La Habana, los recibió como a héroes. No hicieron más que coger el poder abandonado en la calle, comenzando acto seguido las justicias populares al aire libre. En los estadios se juzgó y se mató a diestro y siniestro, la venganza fué tremenda, una auténtica represión sin piedad ni asomo de la legalidad y garantías. Estas primeras matanzas fueron el primer aldabonazo de lo que representaba la revolución de Fidel Castro, haciéndose evidente su signo y su sistema. Todo ello se proyectó por televisión ante un mundo horrorizado y perplejo que no se lo esperaba. Pero Norteamérica continuaba hablando bien en general del movimiento, aunque censurase los crímenes y ejecuciones sumarias. Castro fué recibido en Nueva York y Venezuela con sus barbas, su planta inconfundible y personalísima con su metralleta al hombro.

Pero «Che» Guevara y Raúl, que sabían perfectamente a dónde querían conducir la revolución iniciada, tomaban en Cuba una serie de medidas auténticamente revolucionarias marxistas, que desenmascaró sus intenciones. Comenzó la lucha contra la prensa habanera, los industriales, los dueños de los ingenios, comenzó la reforma agraria y el reparto, y también la huída en masa de numerosos cubanos, que se habían dado cuenta, aunque tarde, de su error y que llevaron su inquietud a Norteamérica. También fué causa de que ésta fuera cambiando su actitud, las nacionalizaciones manu-militari de las industrias y bienes que aquella nación tenía en la isla, que eran numerosísimos. Norteamérica reaccionó con amenazas de represalias económicas, especialmente sobre el contingente de azúcar que anualmente y a muy buen precio compraba a Cuba; al mismo tiempo Castro contestaba a estas amenazas con otras en la que jugaban importante papel sus relaciones crecientes con Rusia. No obstante, en varias ocasiones declaró solemnemente que ni él ni su movimiento revolucionario eran comunistas, pero sí antinorteamericano. De esta forma la figura de Fidel se fué agrandando y convirtiéndose en una expresión viva del sentimiento contra el colonialismo económico que en Sudamérica, en general, se respira por todas partes; así, el castrismo se

convirtió en una actitud política antinorteamericana antes que comunista. Pero el «Che» Guevara iba día a día haciéndose el dueño de la situación interior e imponiendo sus sistemas económicos marxistas leninistas, aumentando, como es lógico, sus relaciones con Rusia y China, comenzando a llegar a la bella Isla los agentes soviéticos, tanto políticos como comerciales. El Gobierno norteamericano se exasperó y cometió, a nuestro juicio, el error de suprimir la compra del contingente anual del que prácticamente vivía todo el pueblo cubano. Estos, a su vez, se desesperaron y se echaron definitivamente en brazos de Rusia, que, como siempre, en ocasiones análogas, ofreció toda clase de ayuda que dice desinteresada.

El éxodo de los escapados del régimen castrista era cada día mayor. En Florida y otros puntos de los Estados Unidos comenzó a formarse una colonia de exilados que, como es costumbre, están siempre fuera de la realidad y prometen maravillas a los países que los acogen en el caso de recibir una ayuda, aunque ésta no fuera muy importante. Se forma un Gobierno en el exilio, que trata de aunar a los divididos cubanos y así, en esta situación, se produjo el cambio de administración en la política interior norteamericana que trajo al joven y bienintencionado Presidente Kennedy al poder de la mayor potencia que han conocido los tiempos.

Como consecuencia al estrechamiento de relaciones de Cuba con Rusia, hecha patente con una serie de viajes a Moscú de varios dirigentes cubanos, el Presidente Kennedy, el 3 de febrero de 1961, rompió sus relaciones diplomáticas con Cuba. Esta resolución fué apoyada con una advertencia a Rusia, efectuada el mismo día de su investidura, de no intervenir en el hemisferio americano. Mientras tanto, los emigrados cubanos preparan una acción militar, naturalmente ayudados por los Estados Unidos, con el fin de que pueda tener éxito, pues en este intervalo Cuba ha recibido numerosas armas ligeras y pesadas rusas y aunque poco disciplinados y preparados, los cubanos pueden dar mucho que hacer.

Por fin, el 17 de abril se efectúa un desembarco en la playa de los Cochinos, de unos mil quinientos cubanos uniformados. La Marina de los Estados Unidos ha sido preparada para entrar en acción; se esperan acontecimientos militares decisivos. El día 18, Kruschchev dice a Kennedy: «Os lanzo una llamada para que se ponga fin a la agresión contra Cuba. No es demasiado tarde para evitar una reacción en cadena.» La advertencia tuvo éxito y las fuerzas preparadas fueron detenidas y los mil quinientos desembarcados abandonados a sus propias fuerzas, que naturalmente, debido a la

desproporción existente, cayeron en su mayoría en poder de Castro, que se apuntó un tanto sensacional.

Como respuesta a las críticas a que dió lugar la interrupción de las operaciones emprendidas, tanto entre los refugiados cubanos, como en las Fuerzas Armadas norteamericanas, el Presidente Kennedy, el día 21 de abril, hizo una declaración pública en la que afirmó no aceptar ingerencias exteriores en el Continente americano y que en ciertos casos una intervención militar unilateral podría ser decidida. Con ello trató de calmar a la opinión que le era, en general, adversa.

La cuestión del rescate de los prisioneros, llevada con suma habilidad sensacionalista por Fidel Castro, enconó aún más las relaciones entre los dos países. Con objeto de tratar de detener en Sudamérica la desconfianza hacia los Estados Unidos, creciente por la propaganda de Castro, el Presidente Kennedy consiguió reunir a una conferencia del O. E. A., en Punta del Este, en donde se creó «La alianza para el progreso», en la que los Estados Unidos se comprometían a ayudar a todos los países americanos a resolver sus problemas económicos. Como continuación de estos acuerdos, el 30 de enero, ya del año actual, la O. E. A. decidió excluir a Cuba de los de Punta del Este. Esta acción conjunta fué consolidada por la decisión norteamericana del 4 de febrero decretando el embargo sobre los productos cubanos importados por los Estados Unidos; al mismo tiempo, solicita de sus aliados atlánticos que restrinjan sus intercambios comerciales con Cuba. Esta solicitud solamente tuvo un éxito parcial, pues algunos países como Inglaterra y Canadá, principalmente, no querían perder la coyuntura económica que se les presentaba de hacer pingües negocios con los cubanos. En el mes de julio comenzó la prensa habanera su campaña sobre Guantánamo. Los incidentes navales y aéreos se suceden. En septiembre, «Che» Guevara visita Moscú; desde allí la prensa soviética comunica la decisión de reforzar la ayuda militar a Cuba ante las amenazas del imperialismo agresivo hacia la Isla. El Presidente Kennedy, acto seguido, se vió precisado a contestar a las críticas de los republicanos, manifestando que haría una distinción entre los armamentos defensivos, que hasta el momento habían recibido los cubanos, y los ofensivos que podían recibir, calificando de tales a los que pudiesen suponer una amenaza para los propios Estados Unidos. Esta declaración puede tomarse como el origen de las decisiones que después había de tomar el Presidente Kennedy. El diálogo fué continuado por el Gobierno soviético el día 11 de septiembre, advirtiendo que el ataque de los Estados Unidos a Cuba sería

el principio de una guerra, pero advertía que Cuba solamente había recibido armamento defensivo. El ambiente se va caldeando, pues el 19 de ese mes, la comisión senatorial de asuntos exteriores adopta por unanimidad la resolución de impedir por todos los medios, incluso militares, dejar extenderse el régimen marxista leninista establecido en Cuba a los países del hemisferio occidental.

Pero en este intervalo los buques rusos, y fletados por ellos, generalmente en las flotas de pabellones de conveniencia, además de los ingleses, van llevando a Cuba armamento que no es considerado como defensivo, pues se trata, al parecer, de cohetes de alcance medio. Ello hace aumentar aún más las medidas restrictivas de Norteamérica; así, el día 4 de octubre, los Estados Unidos hacen saber a sus aliados que piensan prohibir a los barcos que comercien con Cuba el acceso a sus puertos, lo que equivale a un bloqueo parcial. La tensión sube a su punto máximo el día 17 de octubre, como consecuencia de un comunicado conjunto de Fidel Castro y el argelino Ben Bella, en el que piden la marcha de los norteamericanos de Guantánamo. Por fin, el 22, el Presidente Kennedy anuncia a la nación que está en curso de instalación armas ofensivas soviéticas en Cuba y que, en consecuencia, ha decidido aplicar una cuarentena al tráfico ofensivo de armas hacia la Isla por medio de un bloqueo de sus puertos. Esta declaración puede considerarse como la más decisiva de todas las adoptadas hasta entonces por el Presidente, pues lo enfrentaba directamente no con Cuba, sino con Rusia, dada la actitud y las advertencias que ésta había hecho en diversas ocasiones sobre la política norteamericana con la Isla. La suerte estaba echada; el mundo entero comprendió que se encontraba a dos dedos de una guerra nuclear total, con todas sus espantosas consecuencias.

Los hechos se precipitaron en la forma de todos conocidas y que terminaron con el intercambio de cartas entre Kruschev y Kennedy, en que la firmeza de este último hizo que el Primer Ministro ruso accediera a desmantelar las bases de lanzamiento cubanas, sin otras seguridades que la de respetar a Cuba y que la intervención del desarme sea efectuada por la Cruz Roja en lugar de por las Naciones Unidas. Kennedy aceptó y la tensión internacional, que había llegado a unos extremos de gravedad no alcanzados hasta entonces, cedió con alegría universal, pues nadie quería entrar en guerra, ni nuclear ni convencional, por causa de Fidel Castro.

¿Qué reflexiones nos sugiere el desarrollo y desenlace de los acontecimientos del Caribe, que han sido capaces de poner en peligro la paz mundial?

La primera de ellas es la inconsistencia de la actitud política norteamericana. Este gran país tiene tres normas de conducta para su política internacional, marcadas por dos declaraciones presidenciales y un pensador naval. Las dos primeras son las doctrinas llamadas de Monroe y de Truman; la tercera descansa en el idearium en el que el gran escritor naval Almirante Mahan, fijaba a los Estados Unidos unas líneas de conducta con el objeto de lograr el dominio del mar y como consecuencia la hegemonía universal.

La doctrina de Monroe se puede sintetizar en su famosa frase de «América para los americanos», por cierto lanzada contra la España de la época, y que limita la acción política de Estados Unidos a dicho continente.

La de Truman, por el contrario, lanza a Norteamérica a una acción en Europa principalmente y a otros países extramericanos, con el fin de conseguir el liderato de Occidente. Pues bien, ambas doctrinas no pueden llevarse simultáneamente ni tampoco se puede invocar una en unas ocasiones y en otras la contraria. Existe una contradicción evidente en la política exterior norteamericana que la sitúa a veces en verdaderos callejones sin salida, y de las que la dialéctica comunista se aprovecha con gran habilidad y no falta de razones.

Por otro lado, el idearium de Mahan, fielmente seguido por los políticos de los Estados Unidos, consistía en primer lugar en asegurar el mar de las Antillas como un mar interior norteamericano, no consintiendo en él la presencia de ninguna potencia europea con situación dominante. Por esta causa se forzó la guerra con España en el año 1898 y nosotros nos vimos expulsados de Cuba en unos momentos en que el General Weyler había prácticamente dominado la insurrección. Asegurando el dominio del Caribe, la segunda etapa consistía en la apertura del Canal de Panamá, con el fin de que las flotas norteamericanas se pudieran mover por líneas interiores. El año 1914 vió coronada esta gran empresa. La tercera línea de acción a conseguir era el aumento de la seguridad naval, avanzando el dominio de las islas exteriores al continente. Así se anexionó Haway en el Pacífico, y hasta 1941 no coronó su situación en el Atlántico, ocupando una serie de bases inglesas a cambio de cincuenta viejos destructores que en aquel momento hacían muchísima falta a la Gran Bretaña.

Pues bien, los desaciertos en la política cubana, que han dado origen a la última crisis mundial, han sido debido en gran parte a haberse apartado del idearium de Mahan, pues si Cuba representaba una amenaza para Norteamérica en manos españolas, mucho más lo era en manos rusas, dado que

el adelanto de los nuevos armamentos la convertían en una plataforma ideal de proyectiles balísticos de alcance medio. Sesenta años después de nuestra salida de la Perla de las Antillas, Cuba se ha convertido en una amenaza para sus antiguos libertadores, habiendo estado muy cerca de pagar muy caro la absurda guerra provocada por el hundimiento del crucero «Maine» en aguas de La Habana.

La política norteamericana de estos últimos tiempos está llena, pues, de contradicciones y éstas, en el campo de la política internacional, se pagan muy caras, especialmente cuando se tiene enfrente como rival a unos políticos tan avisados, sutiles y bizantinos como lo son los que están al frente del Politburó.

Las teorías formadas en estos últimos años sobre la estrategia atómica, que han terminado por admitir un «impass» nuclear y el consiguiente equilibrio del terror, ha funcionado a la perfección en esta última crisis, mucho mejor que lo que se esperaba. El «impass» nuclear parte de la base de una igualdad de medios de destrucción nuclear entre los dos bandos, con la consecuencia de que por ser la guerra atómica una guerra de represalias crecientes, el empleo de armas nucleares por alguno de los dos grandes contendientes trae consigo la destrucción de ambos, sin posibilidades de supervivencia; esta situación crea lo que se ha llamado «el equilibrio del terror». Pero este equilibrio no se realiza en todas partes del mundo, sino solamente en aquellas áreas en donde se encuentran los objetivos indispensables para la supervivencia de cada uno de los bloques; por consiguiente, el equilibrio del terror sólo defiende a estas áreas, cubriéndolas con una especie de cúpula invisible a la que se le ha dado el nombre del «santuario». La guerra nuclear sólo se puede desencadenar cuando se atacan intereses situados en el «santuario». Las agresiones que se cometan fuera de él darán lugar a guerras marginales o limitadas, en las que lógicamente solamente se empleen armas convencionales. Ahora bien, según este razonamiento, ¿Cuba está fuera o dentro del santuario? Indudablemente, está fuera. De Rusia está demasiado lejos y mal comunicada para poder efectuar una acción dirigente continuada sobre ella. De Norteamérica está demasiado cerca para que cualquier mal movimiento que se observe en la Isla no pueda ser rápidamente neutralizado, como se ha demostrado en la última crisis, en que las bases de lanzamiento han estado a pique de ser bombardeadas y destruidas por la aviación norteamericana. En resumen, Cuba no merece una guerra nuclear total y los dos grandes contendientes así lo han comprendido; y sus medidas, aunque en

apariencia agresivas, han sido limitadas por una política prudente y dispuesta a aprovechar cualquier resquicio para llegar a un acuerdo. En resumen, el equilibrio del terror, tan cuidadosamente preparado por norteamericanos y rusos, ha funcionado a la perfección.

Otro factor muy importante y digno de resaltar en esta crisis ha sido el retorno de la iniciativa de la guerra fría a los Estados Unidos. Hasta ahora ésta pertenecía a los rusos, Occidente se limitaba a ceder o a adoptar contramedidas cada vez menos eficaces en los lugares del globo en donde la guerra fría hacía surgir conflictos más o menos calientes. En el caso cubano, el primer golpe lo han dado los Estados Unidos y, diga lo que quiera la propaganda adversa, la política rusa ha dado un paso atrás en este continente. ¿Por qué? Quizás porque Rusia haya comprendido que sin poder naval a la larga no tiene nada que hacer en el Caribe, pues no puede ni tan siquiera mantener un cierto nivel de vida en la Isla antes paradisíaca y en donde ahora escasea hasta el jabón de tocador, de forma que con mayor razón en caso de guerra su situación en esa zona sería punto menos que imposible de sostener. Con haber conseguido que Castro continúe su acción subversiva en el Hemisferio Occidental se da por satisfecha. También puede haber sido debido a un reparto tácito de zonas de influencia. Norteamérica respetó a Rusia en el caso de Hungría; bueno es que ésta respete a aquélla en el de Cuba.

Otro hecho importante conseguido por Rusia al llevar a Cuba su pirotecnia de alcance medio consistió en hacer sentir a Norteamérica la angustia que ella constantemente siente al verse cercada por los imponentes campos de aviación del SAC, y hoy también por las bases de proyectiles portadores de cabezas nucleares situadas en distintas partes del Globo, algunos tan cerca como los existentes en Turquía y en Grecia. Rusia y su política viven en un constante temor de país cercado. La mayor parte de sus reacciones políticas y militares tiene por causa el vehemente deseo de romper ese cerco implacable con que lo rodearon sus enemigos. Algunas de sus regiones más apartadas parecían verse libres de él, pero las formaciones navales conocidas con el nombre de *Ataks Groups*, compuestas de portaaviones gigantes, en donde van aviones con capacidad nuclear, y hoy día también los submarinos atómicos, provistos de dieciséis «Polaris» cada uno, constituyen todos ellos unas plataformas móviles, difícilmente detectables y localizables, que completan el cerco nuclear que padece la Unión Soviética. Pues bien, ahora, después de la experiencia cubana, Norteamérica también sabe la sensación

de angustia que supone ver los proyectiles enemigos a ciento treinta y tres kilómetros de sus costas, apuntando a los centros industriales y políticos de la nación. Esta sensación, sentida probablemente por todos los norteamericanos al enterarse de su existencia, es sin duda alguna la que ha impulsado al Presidente Kennedy a dar la orden sobre el bloqueo y amenazar con la destrucción fulminante de las aludidas plataformas si no eran rápidamente desmanteladas. El éxito de tal decisión y firmeza de propósitos ha sido notable y rápido, pero quizás haya hecho pensar al Presidente que por ese camino, el de cerco, el de cerco implacable, no es posible llegar a un entendimiento, ni siquiera a una convivencia. Ambas partes tienen que ceder si se quiere llegar a un relajamiento de la tensión existente entre los dos bloques. El mundo entero, como se ha comprobado en esta crisis, quiere vivir pacíficamente; pero para conseguirlo no puede continuar en permanencia en una actitud de amenaza constante. Se impone una tregua en los armamentos atómicos y una conferencia de desarme con bases sólidas, bien cimentadas, y que hiera de una forma mínima las susceptibilidades formadas en el largo tiempo que dura ya la tensión.

Otro tanto que se ha apuntado Norteamérica en esta crisis ha sido el buen funcionamiento de la unión entre los occidentales y la casi unanimidad de adhesiones de todos los pueblos libres a la actitud firme demostrada en esta ocasión por los dirigentes de los Estados Unidos. Ello ha debido de ser reconfortador para el gran país que lleva la jefatura del mundo occidental. Es verdad que hubo algunas reticencias, pero más de forma que de fondo, pues todos estuvieron dispuestos a ayudarla. Pero no todas las adhesiones han tenido el mismo valor, pues es lógico que por los países más comprometidos como lo son todos aquellos que tienen bases del SAC norteamericano y que lógicamente temen ser los primeros en sentir las represalias nucleares soviéticas, se valore en primer lugar la adhesión de su decisión de continuar en la brecha; por ello la actitud española y su serena expectación ante los acontecimientos, merece una mención especial en el desarrollo de la gran crisis que ha mantenido en suspenso durante varios días al mundo entero.

ENRIQUE MANERA REGUEYRA.

Capitán de Fragata.